Memes, YouTube y otras formas *fast* de aprendizaje. Cultura digital en la adquisición de saberes a nivel universitario

ANA LAURA TORRES HERNÁNDEZ

Resumen

La cultura de Internet y la velocidad que impone en la creación y distribución de contenidos han incidido de manera significativa en las formas en que el estudiantado del siglo XXI se relaciona con las dinámicas de aprendizaje. Si un video de tres minutos puede explicar un proceso histórico de un siglo y una imagen puede condensar la complejidad de un problema social, ¿por qué no adaptar esa velocidad a la vida académica? A partir de esta interrogante, la presente propuesta busca problematizar las ventajas y desventajas del *fast cultural* aplicado a la educación universitaria.

Si bien existen recursos digitales capaces de sintetizar grandes volúmenes de información en poco tiempo, también resulta necesario cuestionar hasta qué punto esta inmediatez puede banalizar determinadas formas de conocimiento, especialmente en contextos donde quienes consumen imágenes y videos —principalmente a través de redes sociodigitales— también los producen con fines lúdicos, informativos o académicos. En este sentido, el ensayo propone una reflexión crítica sobre la manera en que el *fast cultural* transforma las dinámicas de enseñanza y aprendizaje, tanto positiva como negativamente.

De este modo, el texto analiza cómo las tecnologías digitales y las prácticas de consumo acelerado de información se han convertido en un desafío todavía en desarrollo dentro de los espacios educativos contemporáneos. La tecnología, lejos de constituir un fenómeno pasajero, forma parte de la vida cotidiana y de las dinámicas actuales del aula, lo que obliga a repensar críticamente las formas de producción, circulación y apropiación del conocimiento en el ámbito universitario.

Palabras clave: aprendizaje; internet; prosumidores; cultura digital.

Abstract

Internet culture and the speed it imposes on the creation and distribution of content have significantly influenced the ways in which twenty-first-century students engage with learning processes. If a three-minute video can explain a century-long historical process and an image can summarize the complexity of a social problem, why should this speed not be adapted to academic life? From this perspective, the present proposal seeks to critically examine the advantages and disadvantages of fast culture *within university education.*

Although digital resources are capable of synthesizing large amounts of information in a short period of time, it is also necessary to question the extent to which this immediacy may trivialize certain forms of knowledge, especially in contexts where those who consume images and videos —primarily through socio-digital networks— also produce them for recreational, informative, or academic purposes. In this sense, the essay reflects critically on the ways in which fast culture *transforms teaching and learning dynamics, both positively and negatively.*

Thus, the text analyzes how digital technologies and accelerated practices of information consumption have become an ongoing challenge within contemporary educational spaces. Technology, rather than being a temporary phenomenon, has become part of everyday life and

current classroom dynamics, making it necessary to rethink critically the processes of production, circulation, and appropriation of knowledge within higher education.

Keywords: learning; internet; prosumers; digital culture.

1. La cultura del Internet y la velocidad

Vivir al día, ya no solo es un dicho asociado con la precariedad económica que lamentablemente existe tanto en nuestro país como en otros del mundo, sino que actualmente también se relaciona con la falta de tiempo; es decir, la prisa con la que parece que todo debe desarrollarse. Existe un ineludible sentimiento de premura que se ha acrecentado paulatinamente con la industrialización y su reflejo en la vida moderna urbana. Justamente la tecnología incorporada a la cotidianidad ha sido un ingrediente esencial para acelerar tanto los procesos de producción y consumo, como la percepción del paso del tiempo.

La urgencia con la que nos movemos es hermana de la inmediatez con la que asumimos que las cosas deben funcionar para ser correctas o eficientes, instalándose así una relación positiva entre rapidez y funcionalidad. Pero producir y consumir, sean productos o contenidos, son dinámicas complejas que no pueden supeditarse solo a la velocidad. Actualmente, la forma más inmediata y constante de relacionarnos es a través de una pantalla; a eso es a lo que llamaría cultura del Internet o también denominado el tótem digital (Rodríguez Cano, 2020).

Este es, a nivel del hardware, una máquina con pantalla interactiva que colecta, organiza y brinda información sobre un tema o un lugar, actualmente se han instalado en sitios turísticos o comerciales y sirven para orientar al usuario quien lo explora de forma táctil para resolver sus inquietudes. El tótem, desde la perspectiva histórica, era la representación simbólica de los antepasados o, inclusive, de algunas deidades entre las culturas primigenias y, por lo tanto, la forma de aproximación a estas figuras, normalmente de gran tamaño, era ritual, durante ceremonias en las que se buscaba obtener respuestas. Haciendo una sinergia entre ambos elementos, queda claro que el tótem digital define a los dispositivos "inteligentes", conectados a Internet**,** como esa entidad superior que resguarda los saberes del colectivo y con el que hay que entablar un diálogo para obtener conocimiento.

Así es como se ha instalado la idea de que todo aquello que sabemos y nos constituye como seres sociales tiene su paralelo en la virtualidad. La cultura, en principio, es un conjunto de prácticas sociales que adquieren

sentido para una comunidad generando vínculos y rituales (García Canclini, 2011). En la contemporaneidad la web ha logrado esto a través de las redes sociodigitales, al modificar el modo en el que nos relacionamos afectivamente con amistades, familiares, colegas o parejas, también ha incidido en la manera en que trabajamos, llevando la oficina a cuestas o en el bolsillo, con el celular. Despertamos para revisar si tenemos notificaciones, correos, para conectarnos a juntas o clases remotas. En casa ya no solo hablamos y somos escuchadas por nuestros pares, sino también por bocinas con cámaras que nos dan el clima, la hora, que eligen la música y contenidos que escucharemos, nos hacen recordatorios a horas previstas, encienden y apagan nuestros dispositivos y así podríamos seguir con otros ejemplos que denotan el modo en que la presencia del Internet en nuestra vida diaria ha generado cambios, algunos positivos, otros no tanto.

Para las generaciones más jóvenes, millennials tardíos y la llamada generación Z, todo esto representa su cotidianidad, por lo que viven ya inmersas en una cultura de Internet que se vuelve el espacio de recreación y consulta para resolver la vida ordinaria, laboral y académica. Por cultura del Internet debemos entender la reelaboración de las dinámicas de socialización que el estar conectados a Internet ha traído para las personas, de tal suerte que la producción cultural como un fenómeno humano que responde a la necesidad de elaborar respuestas que den sentido a las inquietudes de los colectivos, actualmente se trama a través de la web, donde se crean sitios y materiales que al entrar en circulación alcanzan un nivel de impacto nunca antes visto pues no se limita a una comunidad específica sino que llega a detonar reacciones y formas de reinterpretación simbólica de carácter global.

Las tecnologías de la comunicación y el Internet se han actualizado de tal modo que en el presente es raro el sujeto que no tiene un dispositivo inteligente para estar en contacto con el mundo. Estas tecnologías traman redes desde donde se dialoga, se crea y comparte información, cuyo formato y contenido es reflejo de nuestra época, ya que históricamente las preguntas e intereses han cambiado. Como antes señalé, en la actualidad las redes sociodigitales del Internet son compañeras de muchas personas, ahí conversamos, vendemos y adquirimos productos o servicios, nos informamos, asistimos a eventos vía remota y con base en estas acciones construimos el relato paralelo del Yo (Ramírez González, 2012).

Si en otro tiempo fue una constante criticar esta situación y señalar sus potenciales efectos nocivos, por ejemplo, el aislamiento y ciertas conductas adictivas, en el presente es imposible pensarnos fuera de estas dinámicas ya que luego de la pandemia por COVID-19, todas las personas formamos

parte de ello de una u otra forma. Como toda dinámica de interrelación, la cultura del Internet tiene sus pros y contras.

En efecto, nos brinda, de forma veloz, respuestas y soluciones a problemas o dudas que teníamos, pero, también nos lleva a la creación de necesidades ficticias vinculadas con esa nueva forma de estar en el mundo que es, conectados a Internet. Dada la dependencia que vamos generando pensamos que es preciso tener dispositivos cada vez más costosos y específicos, aditamentos tecnológicos para el hogar, la oficina, el auto y también para tareas recreativas como jugar, salir de paseo o ejercitarse en el gimnasio. Es tal la necesidad de los dispositivos inteligentes, que, si nos faltan, podemos experimentar estados de ansiedad, como si por no reportar o consultar lo que estamos viviendo en el paralelo digital, estuviéramos fuera del mundo.

Entonces, Internet nos ayuda, pero también nos limita, zanja cierta autonomía y, además, crea la ilusión de una burbuja temporal en donde todo ocurre rápido. Pero es obvio que no tardaremos lo mismo en resolver un trámite acudiendo al banco que en la aplicación de su institución. No es igual comprar en línea y esperar tus productos en casa que ir al mercado o a una plaza comercial y tener que hacer la fila, o charlar con alguien en una aplicación de mensajes o video, que encontrarte con esa persona en un café.

No deberíamos trasladar el modo en que hacemos las cosas en Internet a la vida, entonces, yendo a lo escolar ¿por qué a veces el informarnos y aprender, en línea, crea un paralelo tan conflictivo que el estudiantado asume que el modo en que obtiene conocimiento en Internet es la forma en la que debería ocurrir en el aula, estando in situ?

Desde mi experiencia como docente, en el ámbito educativo, la cultura de Internet que caracteriza a las generaciones actuales ha propiciado algo que se ha denominado como *fast education* o aprendizaje veloz, se trata de una metodología que prioriza saberes prácticos, que pueden aplicarse e irse perfeccionando en la marcha y se basa en aplicaciones web que podemos consultar en computadora o celulares, para resolver tareas. El *fast education* también está ligado a los canales de redes sociodigitales que divulgan contenidos culturales. En principio, esto no es negativo, ya que como estrategia epistémica es perfectamente aplicable a las necesidades del estudiantado hoy día.

El problema viene cuando alguien asume que con un *reel* de Instagram o con dos minutos de un TikTok, un video corto de YouTube podemos obtener todos los datos relacionados con el Renacimiento italiano o la literatura barroca, o las leyes de Newton o el binomio cuadrado perfecto. Pero un producto de divulgación, como puede ser un video o una infografía, no

agota la complejidad de cada tópico, es, en todo caso, solo el punto de partida para plantear las bases de un problema o proceso sociohistórico de más largo aliento. Por lo tanto, no es posible resumirlo o, inclusive, comprenderlo solo con la primera visualización y mucho menos, con una sola fuente. En la actualidad los formatos de citación académica, como APA o Chicago, ya han incorporado modelos para referir este tipo de información en Internet, por lo que se ha vuelto común que, en investigaciones o trabajos finales, las fuentes prioritarias sino es que únicas, de quien ha realizado la pesquisa, sean de esta naturaleza.

Si bien los productos creados de forma colaborativa en Internet, como memes, sitios web con textos, repositorios digitales y plataformas de video, son espacios útiles para proponer estrategias creativas para la enseñanza actual, no hay forma de que solo estos recursos se vuelvan la base de una nueva pedagogía ya que su objetivo es brindar una panorámica para alguien que tiene curiosidad sobre un tema o que, quizá, quiere solo clarificar ciertas dudas o, como decía, plantear una apertura original para comenzar a discutir algo, pero en el ámbito de la educación formal a nivel universitario no es posible limitarse a estas estrategias de divulgación (Freire, 2013).

Entonces, el *fast cultural*, si bien alude al uso de recursos web para informarse y aprender, implica también una nueva manera de relacionarnos con la adquisición del conocimiento a partir de una predisposición acelerada que para resolver algún cuestionamiento no necesariamente compara los contenidos, sino que elige el que esté más a la mano, lo que más han compartido otros usuarios o lo que pueda visualizarse más rápido, pues es inminente encontrar una respuesta. Esto muestra, por un lado, la gran disposición de materiales y datos que hoy tenemos al alcance, inclusive, sin salir de casa, aspecto sin duda positivo y sin precedentes en la historia de la humanidad; pero a la vez crea cadenas cada vez más extendidas de desinformación por causa de la rapidez con la que circulan noticias y teorías que se comparten porque son atractivas sin ser veraces o haberse verificado.

Aparte de esto debemos considerar que uno de los retos más fehacientes de nuestro tiempo se relaciona con la creencia generalizada, sobre todo en poblaciones jóvenes que han nacido en la era de Internet y las inteligencias artificiales, de que todo está en la web, por lo que no se buscan otras fuentes o tesauros para contrastar lo que ahí se aloja. Internet nos da muchas cosas, pero ni ahí está ni se puede resolver todo y entender esto implica desmarcarnos de una forma de operar tan cotidiana que vuelve indiferenciable lo virtual de lo real.

La cultura de Internet se ha vuelto cada vez más frenética, por muchas circunstancias, pero particularmente por el enajenamiento que produce el tiempo pasado en Internet y el ostracismo que generan sus contenidos. Por lo tanto, no se trata de descartar la tecnología y sus aportes, sino de aquilatarlos de forma justa para entender cómo usarlos acertadamente en los procesos de educación pues pueden ser herramientas de suma utilidad. A diferencia de lo que podría suponerse, Internet no es tan intuitivo y amigable para quienes buscan adquirir conocimientos de modo autodidacta pues está lleno de sesgos y equívocos que necesitamos identificar. Luego entonces, desde el aula y en los contextos educativos de las universidades tenemos la oportunidad de aprovechar dichos materiales no solo como contenidos sino como un ámbito cuya exploración ofrece pautas metodológicas capaces de promover el pensamiento crítico entre el estudiantado que lo emplea como fuente primaria de información.

2. Percepción del estudiantado de los recursos de aprendizaje en línea

Aunque ahora ya hay cursos que como docentes nos aproximan al conocimiento y uso de las TIC (tecnologías de la información y comunicación), en un principio el empleo de los recursos en línea provenía de una tradición de ensayo y error para seleccionar y filtrar la información correctamente. La meta de las TIC y su implementación en plataformas académicas es generar redes de trabajo eficientes para compartir contenidos, recibir asignaciones o tareas, calificarlas dando retroalimentación, promover interacción en foros, dejar constancias videograbadas de sesiones compartidas, y todo esto tiene notables ventajas que permiten a las audiencias universitarias repasar contenidos, tener acceso a sus materiales en cualquier lugar con Internet y también ejercitar formas más éticas de emplear contenidos y responder a estos mediante un ejercicio sintético de escritura, pues muchos cuadros de texto en las plataformas en línea tienen sus límites de caracteres.

Como docente de nivel universitario, la convivencia cotidiana con mis estudiantes me hizo notar que el contacto constante con dispositivos móviles conectados a Internet fue transformando sus maneras de valorar y consumir la información académica, por ejemplo, mediante la práctica de fotografiar las notas del pizarrón o tomando capturas de pantalla, en estos casos la falta de transcripción manual de las ideas compartidas hacía que dichas imágenes en torno a un tema se convirtieran en datos que no se procesaban a nivel del pensamiento crítico, dejando una huella muy débil en la memoria del estudiantado. Comencé a notar también que a las generaciones más noveles les resulta más práctico y cercano leer en pantallas y es que en Internet

encuentran la mayoría de los textos que deben consultar para sus clases e investigaciones, no obstante, la nula interacción con el texto a nivel de escritura produce que se pasen por alto ciertas premisas dificultando la comprensión (López-Pellisa, 2015).

Estas circunstancias me impulsaron a entablar un diálogo con mis estudiantes, tesistas universitarios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, a quienes les planteé las siguientes preguntas invitándoles a reflexionar sobre el rol que tenía el Internet en sus procesos de búsqueda y aterrizaje de ideas al elaborar sus investigaciones para graduarse. Y aquí quiero detenerme un poco en sus respuestas para entender cómo viven la cultura del Internet desde la academia. Cabe señalar que la encuesta fue aplicada a 10 jóvenes de entre 24 y 30 años que han terminado los créditos de la licenciatura en Historia y están en proceso de titularse, por lo que no es sino una somera aproximación al asunto, pero que puede arrojar algo de luz sobre el mismo.

Las preguntas planteadas fueron las siguientes:

Rubro 1: Internet en la vida cotidiana

1. ¿Cuánto tiempo calculas estar en Internet diariamente?
2. ¿Utilizas más el celular o el computador para navegar por Internet, por qué?
3. ¿Qué sitios web son los que más visitas?

Este primer conjunto indaga por las dinámicas habituales de uso del Internet pues implican tanto la cantidad de horas que dedicamos a nuestros dispositivos y qué tipo de actividades realizamos durante ese tiempo pues, en la actualidad, ya existen programas que van precargados en el software y que, una vez activados, miden el tiempo que pasamos en cada aplicación o sitio web y, en ocasiones, brindan la oportunidad de limitar su uso con candados y bloqueos.

Rubro 2: Internet para informarnos

1. ¿Qué recursos de Internet usas para obtener información cuando quieres saber algo?
2. ¿Consideras útil la información que encuentras en internet? Justifica tu respuesta.
3. ¿Consideras confiable la información que encuentras en internet? Justifica tu respuesta

4. ¿Contrastas con otras fuentes la información que encuentras en internet?
5. Para tu investigación, ¿qué tanto usas el Internet, lo combinas con otras fuentes no digitales?

Aquí la finalidad era introducir el factor académico para indagar por los hábitos de consulta, lectura en Internet y, de forma paralela, la fiabilidad que se otorga a los materiales encontrados en Internet. El total de tesistas estimó pasar más de 8 horas en Internet, no solo haciendo investigación, sino supongo que ya se habrían graduado, sino por motivos de trabajo y ocio. 9 de 10 usa más su celular por la practicidad de los datos de navegación prepago y porque no necesitan llevar la computadora a los lugares donde estudian o trabajan para resolver dudas rápidas, consultar correos, chatear o descargar documentos para leer. El hecho de que el estudiantado use más el celular para realizar estas tareas implica, en primer lugar, una fuerte competencia por la atención pues al trabajar en el mismo dispositivo en el que se encuentra esparcimiento, la capacidad de concentración disminuye y la eficiencia y calidad de la lectura y escritura académica se ven alteradas porque se realizan en alternancia a otras actividades. Además de que los celulares comienzan a convertirse en extensiones corporales de los deberes académicos pues, en lugar de tomar notas se toman fotografías de los pizarrones o pantallas, se digitalizan documentos y libros y se graban mensajes de voz, creando así repositorios paralelos de las experiencias académicas que, en muchas ocasiones, no se vuelven a consultar.

Los sitios web más visitados son las redes sociales, Instagram en primer lugar, luego *TikTok* y finalmente aplicaciones de chat como Telegram, por la oferta de sus canales o inclusive, como archivo en donde guardan imágenes y otros materiales.

Ahora bien, para informarse la mayoría citó plataformas institucionales como Tesiunam, Google Académico, las páginas del INAH por sus repositorios de documentos e imágenes, así como Academia.edu, Scielo o Redalyc para descargar materiales de consulta. Sí consideran útil la información del Internet, principalmente, por la inmediatez y porque, muchas veces, aunque sean conscientes del pago de su plan de Internet, piensan que es más económico obtener datos de ese modo que comprando libros o suscribiéndose a revistas; además de haber señalado que muchas veces prefieren trabajar sin salir de casa, evitando el tráfico, para llegar a un archivo o un museo. Si estos sitios tienen su contenido en línea, prefieren consumirlo así.

No obstante, no todo es confiable y hablaron de varios medios que emplean para verificar la calidad de la información obtenida, por ejemplo,

buscando más sobre el o la autora en cuestión, leyendo otras fuentes o inclusive, buscando pódcast o documentales del tema en los canales que tienen instituciones como la UNAM, El Colmex o el INAH. De ahí que el Internet para sus investigaciones sea valorado como fundamental para el desarrollo de sus trabajos ya que de la red obtienen contenidos para analizar y desde ahí partir a la escritura. Desde la docencia, quizá algunas alternativas pedagógicas que podrían brindarse para apoyar en la verificación de las fuentes obtenidas de Internet serían: 1. Verificación de trayectoria académica del autor, mediante la búsqueda de otros materiales publicados por el o la autora que estamos leyendo, podemos saber si su línea de investigación es consistente, para esto portales como Academia.edu, resultan útiles: 2. Búsqueda comparativa de las fuentes, sobre todo cuando hay citas en los textos, conviene buscar las obras referidas para cotejar definiciones y, además, enriquecer el propio marco conceptual; 3. Índice de citas de un texto, un aspecto que puede brindar fiabilidad sobre un texto es cuántas veces ha sido citado en otras pesquisas, por lo que localizar en Internet un buscador de referencias citadas e introducir los datos de lo que estamos leyendo, puede darnos mayor seguridad de la información que consultamos.

Evidentemente las respuestas que mis tesistas compartieron tienen sus sesgos, ya que la propuesta de entrevista se las hizo su asesora y las respuestas obedecen a ese condicionamiento, ya que en Internet hacemos muchas más cosas que estudiar y leer artículos con ISBN; también señalé que el grupo de trabajo para este ejercicio de entrevista fue sumamente reducido, por lo que el aspecto más destacable del mismo es la búsqueda de un contraste o perspectiva desde el lugar del estudiante, probablemente aplicando estas preguntas a una población más amplia obtendríamos resultados significativos.

También considero que este proceder, es decir, el planteamiento de preguntas, al menos en lo personal, me ayuda a cuestionar aspectos que en ocasiones doy por resueltos con base en mis propios intereses y prejuicios, pero cuando recibimos una resolución distinta a la esperada surgen matices que es preciso problematizar pues, además de ser docentes, somos también usuarias de Internet, con todo lo que eso implica. Chateamos, vemos y participamos de diálogos en vivo, descargamos contenidos y también lo producimos para nuestras propias planeaciones de clases y eso nos vuelve parte de esta vorágine que necesitamos repensar (Freire, 2016).

3. *Fast cultural* y nuevas formas de saber-hacer

Como cierre de esta reflexión quiero tomar tres rubros del aprendizaje académico que se han visto atravesados por la cultura del Internet para

puntualizar algunos aspectos de cada caso, abordaré las implicaciones de la búsqueda e investigación de fuentes en la web, la escritura y creación de textos que se hacen públicos y pueden ser comentados en Internet y, finalmente, las implicaciones del Internet en la habilidad de la lectoescritura.

En cuanto al primer aspecto referido, es decir, la pesquisa de información en Internet la recupero en la medida en que en la actualidad cualquier duda que emerja, desde dónde se encuentra determinado recinto hasta en qué año sucedió tal acontecimiento, se procura en la web mediante programas de respuesta inmediata que, además, ya se auxilian de la inteligencia artificial (en adelante IA) para recabar los datos más citados y ofrecerlos de inmediato. Esta forma de resolver nuestras dudas omite, inclusive, el proceso de localización de la información para transitar a un modelo que basa la confianza en un algoritmo entrenado para hacer más eficiente el tiempo de búsqueda. Que esto pueda facilitar ciertas tareas, es indudable, pero también nos obliga a cuestionar por la manera en que delegamos la capacidad de selección a los programas de Internet -buscadores- que ahora realizan la operación de descarte que en otro tiempo debíamos hacer al analizar fuentes.

Respecto de la lectura y escritura en Internet, me interesó a partir de la observación de dinámicas de retroalimentación que ocurren en redes sociales, principalmente, respecto de publicaciones que se comentan abriendo hilos de conversación que modifican las formas en que entendemos la comunicación; desde la época del correo postal hasta las respuestas a argumentos publicados en el periódico por intelectuales de otro tiempo, llegamos al presente donde la inmediatez del Internet produce que, tanto lo que escribimos como lo que leemos, sea procesado más para responder que para comprender, zanjando así un proceso necesario para la elaboración crítica del pensamiento. Y esta situación hoy día se traslada a las imágenes que, elaboradas con IA, pasan por verdaderas contribuyendo a la producción de información *fake*, es decir, datos o situaciones verosímiles que alcanzan una proyección mayúscula en poco tiempo y que, cuando tratan de ser desmentidas dada su falsedad, dividen la opinión pública pues habrá quien continúe creyendo que es verdad.

Búsqueda o investigación de fuentes en internet

Literalmente, en otro tiempo, la biblioteca y las fotocopias fueron de las herramientas más empleadas en los contextos universitarios. Para conocer las varias acepciones de un término íbamos al diccionario y para tener la panorámica de un proceso, la consulta era en una enciclopedia, atrás

quedaron los días de Encarta 2000 en las primeras computadoras de escritorio dentro de casa, hoy ya es la Wikipedia en cualquier lugar y escrita desde una dinámica colaborativa que permite a cualquier usuario registrado editar y crear nuevas entradas, aunque luego estas sean objeto de revisión.

Para el caso del significado de las palabras vale señalar que, actualmente, ya no solo se consulta la Real Academia Española en línea pues hay también sitios específicos, es decir, si buscamos solo sinónimos, traductores, sitios web con regionalismos, latinismos y claro, las propias redes sociales con sus temas en boga, hashtags, marcan la pauta para incorporar nuevos términos que hicieron su aparición en memes o tuits convirtiéndose en las palabras de moda. En las comunidades del Internet surgen frases que reemplazan antiguos modismos populares y ahora además de los anglicismos se multiplican en el habla popular las formas, tanto verbales como corporales, provenientes de las culturas asiáticas cuyos productos culturales han cobrado relevancia en el presente. Un ejemplo es la forma en que en la actualidad se incluyen los currículos académicos asignaturas que analizan el impacto de las letras de las canciones K-Pop entre las juventudes, lo que en su año fuera la inclusión de la estética del cómic o los videojuegos al análisis de la estética, hoy sucede con tendencias que alcanzaron impacto global gracias al internet; el aspecto clave a considerar en estos casos es que la moda cambia de forma vertiginosa debido a la cantidad de información que se produce a través de la web, por ende, el reto estriba en cómo estructurar nuevas metodologías de análisis que se adapten a esa velocidad de producción y consumo masivo de información.

Continuando con el asunto de la pesquisa en Internet, la propia idea de lo que es una fuente de información, una referencia o un argumento de autoridad, se han modificado con el Internet, ahora canales de divulgación, a veces con bases sólidas y especialistas a veces solo con personalidades de moda, se vuelven el punto de partida para crear un argumento, lo que el siglo pasado fuera denominado como sociedad de la información, hoy se entiende como la infocracia (Chul Han, 2023), es decir, el modo en que las sociedades orientan sus decisiones a partir de la información que obtienen de fuentes que no siempre son confiables pero que se validan entre sí replicando argumentos que se tornan verdaderos de manera expedita por la velocidad a la que se replican, dejando fuera de foco posibles datos o versiones alternativas.

Se citan tuits o mensajes de la red social X, escritos por políticos, inclusive tenemos ejemplos de mandatarios de Estado que han creado sus propios canales de comunicación, empleándolos como plataformas

privilegiadas para la comunicación política, de ahí la relevancia que estos espacios virtuales han adquirido para mantenernos informados, pero al estilo veloz del Internet, en donde una declaración puede cambiar de un día al otro. La vida paralela que creamos en nuestros perfiles web se vuelve una ventana al mundo, una carta de presentación y a esto obedece el que muchas veces en foros públicos las personas se presenten y despidan diciendo cómo las podemos localizar en redes y eso, al menos en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM, es una constante entre artistas emergentes que así van creando currículo. Somos quienes aparecemos en actos públicos, pero también el correlato virtual en donde están nuestras fotos en eventos, el trabajo que hacemos o los textos que publicamos y no hay vuelta atrás pues, pensemos que hoy, como profesionistas, es más fácil encontrar un trabajo en LinkedIn que en el periódico.

Los buscadores de Internet son el nuevo tesauro que abre rutas a la localización de fuentes que, como decía, ya no son solo los libros y las revistas especializadas, sino los blogs, los pódcast, documentales o cápsulas informativas, artículos de opinión, reseñas y críticas y así, el universo del que nos nutrimos se enriquece cotidianamente y está bien, la pregunta es cómo crear una variable que mesure y dirija lo que entendemos como cierto, útil y, en ese sentido, pertinente en lo que respecta a la investigación académica. Sumemos a todo lo anterior los chats de inteligencia artificial que, como antes señalé, nos ofrecen un compilado de información obtenida del Internet, programas con los que podemos generar imágenes o videos coadyuvan a la generación de nuevas fuentes que permanecerán en el Internet para volverse referencias posteriores para otras búsquedas (Aedo, 2011). Quizá la llamada de atención sea para el propio profesorado que necesita no solo localizar plagios y sugerir recursos fiables de información, sino inculcar el hábito de la duda respecto de lo que encontramos en la web, proponiendo filtros que nos lleven a cuestionar, quién dijo esto, qué formación tiene, por qué lo dijo, en qué contexto y a quiénes está dirigiendo la información, ya que dependiendo de los tipos de públicos también hay sesgos. A este respecto, un ejercicio que he realizado en aula para correlacionar las nuevas modalidades de información del Internet con las habilidades tradicionales de búsqueda es, proponer la escucha de un pódcast del cual recuperamos datos y ejemplos que se discuten y, una vez realizado esto, solicito al estudiantado que busque fuentes, fuera del Internet, que podrían hacer las veces de bibliografía del episodio, así considero que se abre un panorama más allá de la pantalla para comprender que mucho de lo que circula en Internet estaba antes en otros medios como revistas, libros y hasta obras del arte y la arquitectura.

Finalmente añadiría que información no es comunicación, es decir, las fuentes por sí mismas nunca son ni un hallazgo afortunado ni un problema en sí mismas, pues requieren de nuestra interpretación. En Internet muchos sitios luchan por nuestra atención, así que debemos aprender e inculcar en nuestros estudiantes, el poder de la selección pues no todo vale la pena para ser tomado en cuenta y mucho menos para ser compartido.

Escritura y creación de textos

¿Qué implica escribir en internet? En la actualidad cualquier persona con acceso a Internet, voluntad y algo de imaginación, puede publicar, adiós a los filtros de las editoriales y academias. Tenemos portales que sin saber lenguajes de programación ya están dispuestos para servir como cajas de textos que se actualizan y reciben comentarios de lectores de todo el mundo. Además, la dinámica veloz del Internet también ha inspirado nuevos formatos de escritura colaborativa en foros que reúnen personas con base en gustos compartidos, por ejemplo, o incluso aplicaciones que nos conectan con personas que hablan otros idiomas que buscamos aprender o perfeccionar, por otro lado, artistas y escritores en ciernes o reconocidos han empleado sus redes sociales para convocar a la escritura compartida, un caso se cita en Arte en las redes sociales (Constante, 2013, 20) al referir al ejercicio #Amalgamas que inició el literato mexicano Alberto Chimal, solicitando a usuarios de Twitter que sumaran, de forma combinada, el nombre de diferentes escritores con sus obras, para así crear un desvarío libresco que moviera hacia la risa y la curiosidad.

Además de este tipo de iniciativas, actualmente todas las personas devenimos en escritoras al compartir textos de nuestra autoría en nuestras redes sociales: pensamientos, ideas, preguntas o retos, pero estas publicaciones a su vez se acompañan de imagen, por eso hablo de escribir y crear textos, ya que a estos se les añade el elemento visual como gancho y discurso pues la imagen es un concepto para los ojos, contiene un mensaje que no solo acompaña, sino que puede potenciar la lectura. Fotografías y otros gráficos o audiovisuales se han convertido en la información que más producen y circulan los cibernautas. A estos discursos visuales se suman breves textos llenos de hashtags y emoticones que cumplen la función de exacerbar las emociones demostradas en la imagen, pero que, generalmente, se cree que poco aportan a la elaboración de un ideario paralelo que complejice lo que vemos; no obstante, en el presente espacios virtuales como Reddit sirven para ejemplificar la comunicación en clave que se trama en Internet mediante el uso de emojis y memes que se crean ex profeso para transmitir ideas entre

comunidades específicas, sea con fines lúdicos o también para generar los famosos discursos de odio (Mirzoeff, 2016).

Si volvemos a los 2000, blogs y las publicaciones de Facebook o Tumblr, privilegiaban el texto como recurso explicativo que servía para generar polémica y abrir la discusión sobre temas de interés público. Actualmente, las discusiones en Internet suceden porque, a menudo, solo se leen los encabezados de noticias cuyo contenido promocional no necesariamente compagina con lo que dice la nota completa. Además de que las redes de texto, como X, antes Twitter, se caracterizaron, desde su origen, por la brevedad de su escritura. No obstante, este ser breves no siempre es sinónimo de vacuidad, un ejercicio que realizo en aula en el momento de plantear hipótesis de investigación para proyectos de arte o ensayos académicos se basa en recuperar los 280 caracteres de un tuit -antes eran solo 140- para formular la premisa o argumento central que da sentido al trabajo por realizar, ya que explicar qué proponemos y con base en qué, es un reto que invita a divagar, por ende, cuando tenemos poco espacio para extendernos, tendemos a la concisión.

En Internet abundan textos breves, pero se escribe mucho, pero también hay que considerar el formato de la escritura pública, es decir, la cuestión del receptor, muchas veces anónimo, que nos lee y que ha ido transformando la manera en que escribimos, desde las palabras que se emplean para ligar y posicionar los contenidos en un ranking de consumo, hasta el tipo de información que se elige publicar para ganar lectores sin preocuparse tanto por la veracidad o utilidad de lo dicho.

La escritura pública en Internet se perfila más a la publicidad pues sean usuarios particulares o empresas, estructuran sus mensajes de tal suerte que sean consumibles, es decir, se escribe para ser leído cosa que, si bien no es nueva, en el contexto de Internet suma la inmediatez que provoca una lectura súbita y a veces, inclusive algo descuidada. Esto representa una barrera epistémica pues no consumimos información para aprehenderla y hacer una crítica de esta sino para formar parte de una tendencia (Chul Han, 2015).

Esto implica otro fenómeno del texto en Internet, específicamente, con las plataformas sociodigitales, pues aquellas notas que captan nuestra atención o con las que nos interesa que se nos relacione, las compartimos en nuestros perfiles incorporándolas a la construcción virtual de nuestra identidad. Así, alguien que se identifica con algún género musical o hábito cultural, compartiendo ese contenido coadyuva a que su red digital le identifique con esas preferencias. Esto, además de tener un impacto entre los

usuarios haciendo viral determinados contenidos, facilita a los algoritmos el rastreo y sugerencia de información afín a la que buscamos y compartimos.

Esto que parece facilitar la vida de quienes navegamos en Internet, tiene también su lado criticable, ya que nos perfila con ciertas preferencias eliminando la posibilidad de contrastar las propias creencias e intereses con otros distintos, así, si no tenemos variedad de fuentes y opiniones cómo ejercitar la crítica. Si nos circunscribimos a ver y leer solo lo que nos interesa y agrada, perdemos el panorama amplio y variado en el que es preciso convivir y negociar con la diferencia.

Otra cuestión relevante en cuanto a los textos en Internet es, ¿de dónde provienen? En Internet la producción de contenidos, aun siendo masiva, proviene, mayoritariamente de individuos y aunque estos puedan agruparse según sus intereses, edades, profesiones o causas, difícilmente se genera unidad pues cada persona se pronuncia desde su subjetividad en torno a situaciones que, si bien pueden interesarle, las ve desde su lugar y experiencia. Por ende, perfiles singulares deben ser objeto de escrutinio para ser fiables o dignos de credibilidad, así como el necesario cotejo de lo que asumimos como cierto, tener más de una fuente a la que recurrir para verificar lo que nos dicen es crucial y, finalmente, algo que puede parecer aburrido, pero es necesario inclusive en Internet, referir los sitios y personas de quienes estamos tomando información para así crear una red epistémica de consistencia en lo digital.

Leer para escribir y escribir para pensar

La lectura como estrategia educativa es un punto de partida para otras prácticas como el debate, la memorización de datos y, por supuesto, la escritura. Para redactar algo necesitamos informarnos primero y esto, aunque puede implicar otros recursos como videos y *pódcast*, nos lleva irremediablemente a la lectura.

En Internet la lectura se ha convertido en un reto porque en este mundo multitareas, las personas vamos perdiendo la capacidad de atención y enfoque exclusivo en una tarea y la lectura nos exige eso, concentración. Entonces, los distintos portales que brindan información escrita ahora ya nos reciben con la advertencia de a cuántos minutos obedecerá la lectura del artículo que estamos consultando. Y si encontramos textos interesantes que son demasiado largos, rara vez se leen de corrido, pues saltamos de una actividad a otra.

En El aroma del tiempo (Chul Han, 2009) el filósofo ofrece una serie de ideas para cuestionarnos por qué hacer una pausa puede ser revolucionario,

en qué medida la lentitud constituye una ventaja en el presente y no solo desde prácticas como la meditación o ejercicios de atención plena sino en el hábito cotidiano de consumir información de forma desenfrenada, para Han parar un momento es ir contra la lógica del Internet que inunda las pantallas de inicio de nuestros dispositivos con datos en constante renovación que pueden llegar a causar ataques de ansiedad para quienes no los leen cada pocos minutos actualizando el feed de las aplicaciones.

Esto hace parte del *fast cultural*, es decir, la popularización de hábitos de aprendizaje y lúdicos, que se limitan por el tiempo que emplearemos en ellos. Queremos salir de una duda, pero rápido, pasarla bien, pero sin tardarnos mucho. Y eso se refleja en la lectura en Internet pues buscamos contenidos breves y eso, evidentemente, limita la diversidad y complejidad de perspectivas desde las que partimos para expresar nuestros puntos de vista. Si tenemos menos y son más sintéticas las referencias para organizar nuestras ideas y ponerlas a discutir en un texto académico, entonces nuestra capacidad escritural también se ve mermada pues una cosa es aprovechar la concisión que ofrece la brevedad y otra ser escuetos por falta de capacidad argumentativa (Hernández y Hernández, 2018).

Ésta se adquiere y perfecciona, en buena medida, gracias a la lectura, no en vano se dice que leer enriquece nuestro léxico, mejora nuestra ortografía, nos brinda datos relevantes y otros curiosos, que sirven de gancho para crear relaciones que nos explican el mundo y le dan sentido al presente. Sin caer en los puritanismos que establecen la lectura como la práctica cultural por antonomasia, es apropiado problematizar las formas en las que la digitalidad y el Internet la ha transformado, inclusive, desde la manera de consumirla pues ya contamos con dispositivos que pueden almacenar más libros que todos los libreros de una biblioteca local y estos dispositivos, conectados a Internet, nos dan el significado de palabras que no conocemos o nos permiten buscar, en una pausa lectora, nombres de personajes, fechas de procesos, que se están citando y necesitamos tener en cuenta para entender lo leído.

Actualmente el estudiantado solicita las lecturas en digital y aunque siguen yendo a la biblioteca o las áreas de estudio de la universidad a pasar el tiempo entre clases, lo hacen conectados a Internet. Cuando de la lectura damos el salto a la escritura, la web también se nos atraviesa no solo como un mar de informaciones varias que podemos recuperar, sino como un gran distractor en el que podemos perder el tiempo si no somos capaces de enfocarnos en escribir. De ahí la fama que han adquirido ciertos métodos y

aplicaciones para limitar el acceso a nuestros dispositivos por tiempos predeterminados, como la técnica Pomodoro.

Escribir, al menos en el ámbito académico, no es fácil pues hacerlo es poner en juego el pensamiento, cruzarlo con la memoria y contrastarlo con las fuentes que ya han dicho algo al respecto, todas esas operaciones en líneas que, además, deben ser amenas y con información consistente. Al menos en mi experiencia y es algo que suelo hacer en aulas, acudir a la literatura y la poesía como recursos de trabajo colectivo, es un buen camino para la búsqueda de inspiración al momento de escribir porque el estilo y las preocupaciones de quienes leemos pueden motivarnos a mejorar la forma en que expresamos nuestros argumentos y también, hacernos reflexionar en torno al por qué de nuestro pensamiento. Toda escritura es intencional e identificar lo que nos mueve a decir algo es parte de un componente ético que debe prevalecer en los ámbitos educativos como semilleros de mentes para la posteridad.

Conclusiones

En este texto se abordaron algunos aspectos relacionados con la cultura de Internet tanto en la vida cotidiana como en los contextos educativos universitarios, pensando en que son estos en donde el estudiantado ya cuenta, en su mayoría, con un medio digital propio que funciona gracias al Internet. En aula es sencillo constatar cómo las juventudes se comunican mucho más fluidamente en línea que, a veces, en presencial. Recuerdo la diferencia que percibí después de los semestres con clases a distancia y el retorno a los salones de clases, enseguida noté cómo las generaciones actuales expresan más sus dudas y opiniones en el chat que a viva voz.

Pero si estamos compartiendo un espacio, sería improcedente pensar estas dinámicas in situ, sin embargo, hay otras herramientas del Internet que sí se pueden aplicar a las estrategias pedagógicas, como los videos, memes, pódcast o infografías que sintetizan ideas para incentivar la curiosidad del alumnado y quizá hacerles sentir en un medio conocido para interactuar. Pienso en el caso de escuelas privadas que desde el nivel secundaria ya solicitan los libros de las diferentes asignaturas en un iPad, desde ahí resuelven ejercicios de clase y entregan tareas. Esto no es bueno ni malo en sí mismo, depende qué suceda después pues, ni la información ni el dispositivo son garantía del aprendizaje (Bourdieu, 2015).

Desde el título del presente ensayo menciono los memes y YouTube como ejemplos del fast cultural, pero ¿cómo se pueden integrar en la enseñanza para que sirvan como punto de partida para una exploración más

detallada, propongo un par de ejemplos que he puesto en práctica como modalidad de evaluación a nivel universitario. En cuanto a los memes dedico una sesión a revisar estrategias de comunicación digital de museos en las que la tipología de contenido publicitario involucra producción de imágenes con textos o referencias actuales pero, a partir de imágenes de obras de arte que pertenecen a las colecciones de dichos recintos, una vez analizados los pros y contras de esta manera de atraer la atención, el alumnado debe proponer su propio meme, éste deriva de la visita e investigación previa de un objeto artístico localizado en un museo nacional. Los ejercicios se socializan y comentan convirtiéndose en un pretexto para aprender de otras colecciones de arte que luego, movidos por la curiosidad, acuden a visitar.

Sobre los videos que circulan en *YouTube* he solicitado que realicen video cápsulas divulgativas sobre espacios culturales de nuestro país, conjugando detalles de su historia con información útil que invite al público a organizar una visita, también han realizado análisis formal de obras en video con tiempo limitado, esto ha servido para que cada estudiante se prepare y explique, sin pánico escénico in situ, alguna obra de su interés, además de que al ver el trabajo en clase quien lo ha elaborado se vuelve público y puede ejercitar la autocrítica, finalmente, los últimos ejercicios que han realizado los grupos con quienes trabajo se basa en el formato de video *pódcast* con estructura de conversatorio a partir de temas tratados en clase, para estos se trabaja en la previa configuración de una escaleta y cada equipo distribuye los tópicos, ajusta tiempos y va perfeccionándose también en asuntos de edición, habilidad muy útil en los tiempos que corren.

Por lo tanto, como docentes es importante conocer qué ven, cómo se informan y lo que está de moda en Internet podría ser un punto de partida relevante para generar interés en los contenidos que compartimos en clase, empleándolos, de hecho, como generadores de debate y crítica. Siendo profesores no podemos perder de vista que también producimos contenidos sea de forma personal o por encargo de nuestras instituciones, grabamos cápsulas, participamos en eventos vía remota y permitimos que se graben nuestras intervenciones, creamos presentaciones de textos e imágenes para compartir con el estudiantado, formamos parte de este fenómeno que sigue en mutación, lo cual nos obliga tanto a adaptarnos como a cuestionarnos el porqué de las transformaciones, a qué obedecen y, en ese sentido, qué sí sería útil aplicar a nuestras estrategias de trabajo y qué, más que incluir, deberíamos emplear como estudios de caso para poner en evidencia su inviabilidad para la obtención de un aprendizaje crítico. Considero que las dinámicas que ha instaurado el uso de Internet continuarán siendo objeto

de debate, por ejemplo, respecto de la ética implicada en el uso de ciertos recursos o, temas como los derechos de autor en la producción de materiales, también irán encaminando el curso de las discusiones en torno a nuestra relación como prosumidores de los recursos de Internet.

Referencias

Aedo, T., & Quintero, L. (2011). Tekhné 1.0: Arte, pensamiento y tecnología. CONACULTA.

Han, B.-C. (2009). El aroma del tiempo: Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse. Herder.

Bourdieu, Pierre. (2015). Capital cultural, escuela y espacio social. Siglo XXI Editores.

Han, B.-C. (2023). Infocrazia: Le nostre vite manipolate dalla rete. Einaudi.

Han, B.-C. (2015). Nello sciame: Visioni del digitale. Nottetempo.

Constante, A. (Coord.). (2013). Arte en redes sociales. Estudio Paraíso.

Freire, Paulo. (2013). La educación como práctica de la libertad. Siglo XXI Editores.

Freire, Paulo. (2016). Pedagogía de los sueños posibles. Siglo XXI Editores.

García Canclini, N. (Coord.). (2011). Conflictos interculturales. Gedisa.

Hernández y Hernández, D., Cassany, D., & López González, R. (Coords.). (2018). Prácticas de lectura y escritura en la era digital. Editorial Brujas.

López-Pellisa, T. (2015). Patologías de la realidad virtual: Cibercultura y ciencia ficción. Fondo de Cultura Económica.

Mirzoeff, N. (2016). Cómo ver el mundo: Una nueva introducción a la cultura visual. Paidós.

Ramírez González, M. (2012). Génesis de una estética de la realidad virtual. CONACULTA.

Rodríguez Cano, C. A. (2020). La expansión de lo público: Indagaciones tecnopolíticas de la sociedad hiperconectada. Universidad Autónoma Metropolitana.